

OPERACIÓN HAGEN

**El misterio del proyecto nuclear Nazi
que pudo cambiar la II Guerra Mundial**

FELIPE BOTAYA

Colección: Nowtilus Ficción
www.nowtilus.com

Título: *Operación Hagen*

Subtítulo: *El misterio del proyecto nuclear Nazi
que pudo cambiar la II Guerra Mundial*

Autor: Felipe Botaya

© 2005 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027-Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño y realización de interiores: Grupo ROS
Producción: Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-226-3

Libro electrónico: primera edición

Agradecimientos

Estoy en deuda con varias personas que han hecho posible que OPERACIÓN HAGEN: el bombardeo atómico alemán, esté hoy en sus manos. No los pongo en orden de importancia ya que todos tienen la misma para mí, pero es inevitable que siga un orden:

Alfonso Montero: *buen amigo y que ha sido capaz de leer el manuscrito de forma crítica y teniendo en cuenta que de todo el tema que aquí se expone, su desconocimiento era absoluto. Por ello y dejando aparte su amistad, su crítica ha sido constructiva y ante todo alejada de cualquier conocimiento o idea preconcebida. Ha sabido apartar sus ideas políticas e históricas generales, para analizar lo que se explica en el libro desde una óptica aséptica.*

Juan Manuel Desvalls: *buen amigo también y cargado de paciencia, que tuvo acceso al manuscrito sin saber lo que se le venía encima... Varias de sus excelentes ideas están en el libro. Sin duda lo han mejorado. Ha sido duro en su crítica y sus razonamientos los ha discutido conmigo hasta la saciedad. Estoy en deuda con él. También le agradezco que haya intentado ser objetivo y no dejarse llevar por otros condicionamientos.*

Stefan Grabinger: *su ayuda en la obtención de material inédito en Berlín y Munich ha sido decisiva. Sus traducciones de complejas palabras militares alemanas han sido de gran ayuda para la comprensión general. Por decisión suya no ha leído el libro y espero que lo haga algún día. Ha querido permanecer apartado de su escritura para no influir en ella y se lo agradezco, ya que tenía toda la razón. Este libro está dedicado a su padre y Stefan lo sabe.*

Mi familia: *mi mujer y mis hijos por su paciencia y por las horas que les he robado mientras escribía el libro. Espero devolveros todo este tiempo con creces.*

I

Los visitantes

Esta vez caían más despacio de lo que imaginaba. Aquel era un factor a tener en cuenta. Le gustaba imaginar el lugar exacto y calcular el tiempo que tardaba cada hoja en llegar al suelo. El planeo de las hojas seguía una guía de vuelo según pensaba. Las hojas frescas y verdes caían muy rápido, casi en vertical. Era lógico: pesaban más. Las secas permanecían más tiempo en el aire y podían, en función del viento, desplazarse muy lejos.

No podía evitar su formación en ingeniería y diseño. Esta vez se había equivocado y la hoja describió una graciosa curva en el aire y cayó a su lado. Su cálculo inicial preveía que caería junto al pequeño sendero que conducía hasta la puerta de su casa. Pensó someramente en el cálculo de probabilidades, la teoría del caos y el principio de incertidumbre, pero no se quería complicar tanto la vida. Ya se la había complicado mucho.

Además de leer y escribir sobre ingeniería, éste era uno de sus pasatiempos favoritos durante el otoño. Precisamente este otoño estaba siendo muy benigno y la temperatura de esa mañana permitía estar en el porche de la casa hasta el inicio de la noche. Su gato «Otto» le acompañaba en sus observaciones con un suave ronroneo sobre sus piernas. Ya se conocían muy bien y cada uno soportaba las manías del otro. Los gatos se adaptan rápido a sus dueños y a su entorno doméstico. Son buenos compañeros.

La Selva Negra no era uno de los mejores lugares para un jubilado. El frío podía ser insoportable a pesar del buen acondicionamiento de la vivienda. El frío que Stefan Dörner padecía era interior. Era el frío de haber vivido situaciones extremas, incomprensibles aún hoy y que el tiempo no había logrado curar.

En varias ocasiones había pensado en jubilarse con su mujer Claudia en España, en el Peñón de Ifach concretamente, donde tenía algunos de sus mejores amigos. La colonia alemana de jubilados en el levante y sur de

España es muy importante y viven manteniendo sus costumbres, pero con un clima benigno que les permitía una segunda juventud.

Aún recordaba cuando celebraron su particular Oktoberfest en Denia y sus amigos le regalaron una maqueta del avión con el que consiguió alguno de sus más brillantes éxitos durante la segunda guerra mundial, un Messerschmitt Bf 109 con el nombre, en el fuselaje, de la que era entonces su novia Claudia. ¡Cómo le gustaba a Claudia verle en su uniforme azulado de Generalmajor de la Luftwaffe!

Aún notaba molestias en su pierna derecha por la metralla que le hirió en abril de 1945, después de un aterrizaje forzoso de su avión en un bosque cerca de Schwerin en Pomerania. Y las penurias que tuvo que pasar hasta llegar a las líneas americanas, cruzando todo el frente ruso que envolvía Berlín asediado por tres ejércitos soviéticos imparables, mientras Alemania y su ejército se derrumbaban rápidamente

Ahora había pasado más de medio siglo y cuando Claudia murió hacía ya dos años, tuvo muy claro que ya no se movería de esta casa. Por su esposa había permanecido allí y ahora ya no tenía fuerzas para traslados. Se podía decir que Stefan se encontraba bien junto a los recuerdos de la que fue su mujer y los intensos recuerdos de su azarosa vida. Había viajado mucho durante la recuperación de Alemania, en su vida civil como ingeniero en grandes obras públicas para diferentes gobiernos, visitando proyectos petrolíferos y eléctricos en Argelia, Oriente Medio, Estados Unidos, México, Venezuela y Japón.

¡Vaya! Esta hoja había caído sobre él. Se había despistado un momento con sus sueños que cada vez se hacían más distantes, y no se había dado cuenta de que las hojas seguían cayendo. Sus oídos detectaron el ronroneo de un motor acercándose. Qué curioso, un coche avanzaba hacia su casa por el estrecho camino de tierra. Era un Audi blanco ¿quién podría ser?. Sólo la señora Köllmann venía dos veces por semana, con algunas provisiones y con ganas de fastidiarle cuando se ponía a limpiar. Prácticamente vivía alejado de otras personas.

Llevaba una vida muy tranquila y por ello le había sorprendido recibir hacia una semana, aquella carta de la embajada americana en Berlín y sobre todo del agregado militar de la misma. Llevaba el sello de URGENTE. En la misiva se le rogaba atender a los dos militares que le visitarían a primera hora de la mañana de hoy. Se trataba de un asunto importante y requerían de su colaboración. Aunque la carta no especificaba el asunto en cuestión,

ya que le sería indicado por sus visitantes, Stefan no tuvo inconveniente en confirmar por teléfono su disponibilidad a la embajada. Como buen jubilado, tenía tiempo y nada más que hacer. Aquel motor no podía ser otra cosa que la visita anunciada en la carta.

El coche llegó hasta donde él estaba y se detuvo. El motor dejó de ronronear. Podía ver al conductor y a un acompañante. Le pareció que iban uniformados. Le miraron y acto seguido bajaron. Con paso ágil se dirigieron hasta donde se encontraba Stefan. Iban uniformados.

—¿Herr Dörner, bitte? —preguntó el acompañante del conductor. Era un joven alto, moreno y de buen aspecto. Tenía mirada aguileña. El otro era algo más mayor y con una tupida perilla. Ambos llevaban el uniforme del ejército americano.

—Sí, soy yo ¿quiénes son ustedes y cómo han llegado hasta aquí? —inquirió Stefan poniéndose de pie. El gato desapareció detrás de la casa. No le gustaban las visitas.

—Bueno, no ha sido fácil dar con usted para nuestra embajada. Pero a través de un buen amigo suyo en España, hemos sabido donde encontrarle.

—Llevo una vida muy discreta, pero no es difícil localizarme. No lo entiendo. Pago mis impuestos y llevo una vida de jubilado normal y corriente....

—A veces las personas con vida normal y discreta son las más difíciles de localizar. Es la mejor cobertura para los delincuentes, aunque no lo digo por usted — el visitante sonrió—. Bueno, Herr Dörner, soy el teniente Michael Williams y le presento al sargento Joseph Hanks. Trabajamos en la embajada americana en Berlín, en la Agregaduría Militar. Concretamente para el departamento de asuntos militares extranjeros. Queríamos hablar con usted.

Williams le mostró las credenciales que indicaban el grado de teniente del ejército norteamericano. También le mostraron una copia de la carta que él había recibido.

—Muy bien teniente, vienen de muy lejos... ¿sobre qué desean hablar? No entiendo en qué puedo ayudarles —Stefan estaba perplejo. Invitó a los recién llegados a entrar en su casa—. Siento que la casa esté algo desordenada. Pueden sentarse —se dirigió al pequeño mueble-bar—. No suelo recibir visitas. ¿Desean beber algo?

—No gracias— contestó Williams con una sonrisa, sentándose en el sofa.

—Yo tampoco, gracias— Hanks, algo más apartado, miraba con curiosidad la maqueta del Messerschmitt Bf 109 de Stefan. Se sentó junto a su compañero.

—Ese era mi avión durante la guerra. Pero esa es una historia ya pasada. . .

—Sr. Dörner, eso es lo que nos interesa. Esa parte de su vida es el motivo de nuestra visita —Williams se incorporó hacia Stefan. Éste le miraba con curiosidad.

—No sé en qué puede interesarles. Serví como piloto en la Luftwaffe durante toda la guerra en diferentes frentes y eso es todo. No tengo buenos recuerdos de esa época. Perdí a muy buenos amigos. Creo haberlo superado. No soy diferente a otros veteranos que puedan encontrar en Alemania actualmente.

—Sí, Generalmajor Dörner —Williams usaba el antiguo grado militar de Stefan—, usted es un veterano diferente. Además de una hoja de servicio excepcional en el frente, hay una parte de su participación en la guerra que quisieramos aclarar. Se trata del Proyecto Hagen y hasta donde llegó Alemania con ese proyecto.

—¿El Proyecto Hagen? El Proyecto Hagen, señores, es una leyenda —Stefan se sirvió una copa.

Los dos visitantes se miraron.

—Generalmajor Dörner, sabemos que usted participó activamente en ese proyecto y cumplió las ordenes militares que se le encomendaron —Williams puso un maletín de aluminio sobre la mesilla, lo abrió y sacó varios documentos—. ¿Le resulta familiar todo esto?

Las fotos mostraban un bombardero de largo alcance Heinkel He177 V-38 con la identificación KM + TB, diferentes aparatos técnicos, una foto de un edificio en Berlín con una enorme torre, varias fotos de la enorme fábrica Manfred-Weiss en Hungría, la fábrica Skoda en Praga, el aeropuerto militar de Letov, «Berliner Luft», documentos sellados como alto secreto militar y las fotos de diferentes soldados de la Luftwaffe. Stefan reconoció a sus compañeros. Su nombre aparecía destacado en color fosforescente sobre las copias de los documentos.

—No debe temer nada. Usted sólo fue un soldado. Es una parte de la historia de la segunda guerra mundial que mi gobierno quiere conocer en profundidad definitivamente y dar por cerrado el caso. Sólo queda usted como testigo de excepción. Disponemos de datos, pero son inconexos y no sabemos si son fiables y tampoco sabemos detalles. Nos falta el hilo

conductor para hilvanar toda la historia. Usted es ese hilo conductor. No hay nadie más.

Stefan miraba a los dos hombres. Se mesaba su pelo canoso. Su cabeza empezaba a girar vertiginosamente. Los recuerdos se le agolpaban, iban, volían... No podía ser que ahora tuviese que revivir todo aquello. Estaba todo enterrado junto a sus compañeros, su avión, la bomba, su mujer Claudia...

—No entiendo que interés tiene esa historia. Estamos casi en el nuevo milenio y todo eso está superado... Señores, estoy muy cansado ahora...

—No para nosotros. Debe ayudarnos y esa etapa de la historia quedará definitivamente cerrada para siempre —el rostro de Williams se endureció—. ¿Qué fue del General SS Kammler? ¿Realmente la bomba llegó a estallar? ¿Dónde? ¿Cuál fue el objetivo de la misión y por qué? Explíquenos en qué consistió el Proyecto Hagen y no le molestaremos más. Mi país le estará siempre agradecido por ello.

Habían pasado muchos años desde todo aquello y ahora parecía que no tenía sentido guardar los secretos de entonces. Stefan consideró que podría ser una buena terapia para él hablar de todo ello por fin. Cruzó las piernas y sostuvo su copa mientras miraba con detenimiento el líquido en ella. Trató de buscar la forma de iniciar su relato. Necesitaba ir más atrás en el tiempo para poder clarificar que pasó en aquellos turbulentos años.

—Necesitaremos un buen rato. La historia es larga y he de entrar en detalles necesarios para la buena comprensión de lo que pasó. Espero que mi memoria funcione bien.

Mientras tanto el sargento Hanks sacaba del maletín una cámara de vídeo y una grabadora.

—Vamos a filmarle y grabarle. Seguro que no le importa ¿verdad? Debe entender que habrá muchos datos que no recordáramos si no los grabásemos. Gracias.

Stefan no puso ningún impedimento al sargento para que lo hiciera. Volvió a pensar en la costumbre que tenía de calcular caídas de las hojas, tiempo de planeo y lugar de aterrizaje. Sin duda le venía de niño, como a otros el memorizar matrículas de coches, y seguramente le empujó hacia los cálculos y la ingeniería en su vida profesional. Poco a poco, las palabras sobre aquella época comenzaron a fluir de su boca. Le fue bien durante las batallas aéreas en las que participó como piloto de caza en Polonia, Países Bajos, Francia y, sobre todo, en el Canal de la Mancha, durante la Batalla de Inglaterra en mayo de 1940.

Más tarde participó en la campaña de los Balcanes hasta Grecia en 1941 y como soporte aéreo en el sangriento asalto a Creta por las tropas paracaidistas del general Kurt Student. ¡Buen tipo Kurt! Nunca superó que casi 3.000 de sus hombres del nuevo cuerpo militar que había creado, los cazadores paracaidistas, cayesen en los dos primeros días de la batalla por la isla. Debido a ello, el Führer prohibió asaltos desde el aire y desde entonces y hasta el final de la guerra, los paracaidistas de Student lucharían como soldados de infantería.

Después vino el frente ruso y la guerra comenzó a cambiar tanto en brutalidad como de signo. La cola del Messerschmitt Bf 109 de Stefan ostentaba la marca, con hojas de laurel, de 100 aviones enemigos abatidos desde que se inició la guerra. En el frente ruso llevaba contabilizados 63 derribos a mediados de 1942. Stefan decía que no era difícil abatir a los obsoletos Polikarpov I.16 «Rata», que con una inconsciencia suicida se lanzaban sobre los modernos aviones alemanes. Era como un tiro al blanco. Sólo el Oberstleutnant Werner Mölders le había superado en rapidez de derribos con un total de 101 (+14 en la guerra civil española), hasta su muerte en accidente aéreo el 22 de noviembre de 1941.

Stefan pertenecía al FliegerKorps VIII (Cuerpo Aéreo Von Richtofen) que en su última operación había combatido en Crimea enviado desde el frente central, dentro del Grupo de Ejército Sur al que pertenecía el VI Ejército, que a finales de ese mismo año 1942 se haría tristemente famoso por la encarnizada batalla por Stalingrado y el desastre que representó para el ejército alemán. Después de la caída de Sebastopol el FlKps VIII fue trasladado rápidamente para apoyar la ofensiva contra Kharkov y la destrucción del 6º, 9º y 57º ejércitos soviéticos en el saliente de Barenkovo. Allí Stefan fue derribado, pero sin más consecuencias pasando enseguida a las líneas alemanas. A mediados de junio de 1942, el FlKps VIII fue trasladado al sector de Kurks para la preparación de la ofensiva hacia el Voronezh y el Don.

El 4 de junio de 1942, Stefan recibió la orden de regresar urgentemente a Berlín y presentarse en el Luftministerium ante el Generalleutnant Werner Kreipe, a la sazón nuevo responsable de la formación de pilotos de caza. Stefan se sorprendió por la noticia y la urgencia en la demanda. Su Messerschmitt Bf 109 ya estaba preparado en la pista y su mecánico Frank Gröger le deseó buen viaje hasta Alemania. La orden de vuelo que preparó

marcaba una parada técnica en Varsovia y luego un vuelo hasta el Flughafen Berlin-Tempelhof.

Las horas de viaje le permitieron pensar de qué podía tratarse su visita al Ministerio del Aire. Aunque había volado en otras alas de combate, conocía bastante bien a Kreipe y sabía que era un militar decidido, como había demostrado durante la toma de Francia y la Batalla de Inglaterra. Recordaba que decía que había sido trasladado a un trabajo de «rata de oficina» en el ministerio y se comentó entre los pilotos de caza que no aguantaría mucho tiempo. Él tampoco se sentía un hombre de despacho y pensaba en su rápido regreso con sus compañeros de formación.

Varsovia ya estaba a la vista. Viró su avión suavemente hacia el aeropuerto militar del General Gouvernement Polen, el nombre dado a Polonia tras la rendición. No estuvo más de media hora en los trámites oficiales de aterrizaje y despegue, recarga de combustible, un refrigerio y una llamada telefónica.

Otra vez en el aire. Había hablado por teléfono con Claudia desde el aeródromo. Ella estaba encantada de su próxima llegada a Berlín y él se sentía más tranquilo. Tenía muchas ganas de verla. En ese atardecer de primavera, observaba el paisaje alrededor desde su privilegiada atalaya voladora. Mientras oía el sonido monótono del motor, su cabeza recordaba aquellos campos de batalla polacos donde él se inició como piloto de



Berlín-Tempelhof en el Südring antes de la II Guerra Mundial



General de la Luftwaffe Werner Kreipe



Hermann Göring, Mariscal del Reich y máximo responsable de la Luftwaffe. En la foto luce la medalla *Pour le Merite*

combate y que ahora parecían tan lejanos en el tiempo. Rusia le había hecho cambiar. Sabía que nada volvería a ser igual.

Aunque Alemania ganase la guerra contra el bolchevismo, esa juventud a la que él pertenecía y que había conocido la forma de combatir en las vastas estepas rusas, sería dura e implacable. Era una juventud sin juventud. No habían tenido una vida como se esperaba de cualquier joven. Las circunstancias históricas les habían hecho crecer y madurar muy rápidamente de forma despiadada. Intentó imaginar un futuro para Alemania, para Europa incluso su vida con Claudia, pero no se veía capaz de ver cómo podía ser esa situación. Recordaba como sus padres ya mayores y su hermana pequeña Merlind se habían trasladado a Munich desde Berlín, antes de la guerra, por motivos laborales de su padre, y él había decidido seguir su vida solo en Berlín para ser piloto militar. Sin duda, la buena posición económica de su familia le había permitido esa oportunidad. Sus padres estaban muy orgullosos de él. Su hermana le escribía con frecuencia. Estaban muy unidos.

La torre de Tempelhof le dio permiso de aterrizaje y el Messerschmitt tomó tierra sin problemas. Un obergreifeiter se aproximó en un Kubelwagen azulado de la Luftwaffe para recoger a Stefan. El personal de mantenimiento

también apareció de inmediato en un vehículo de arrastre para hacerse cargo del avión y ponerlo en un lugar resguardado y someterlo a las rutinarias comprobaciones técnicas. El Kubel llegó al edificio central del aeropuerto. Salvo pequeñas luces de orientación para peatones, por estrictas medidas de seguridad, todo estaba a oscuras. Pero distinguió sin problemas a Claudia, a la cual habían permitido el acceso a esa zona militar del aeropuerto. Estaba radiante.

—¡Stefan! No puedo creer que hayas venido. Ha sido tanto tiempo...

La abrazó fuertemente.

—Hoy vamos a dedicarlo a nosotros —sonrió—. Mañana tengo que estar en el Luftministerium. No sé que quieren de mí, pero espero que sea bueno para los dos.

Claudia estaba acelerada.

—Tengo que contarte muchas cosas. He avanzado mucho en mi tesis para el doctorado de Física. Quiero que mi Oberst Dörner sea el primero en verla. Bueno, mi padre ya la ha visto en parte, y le gusta, pero eso no cuenta tanto para mí. Quiero tu opinión, aunque esta noche es para nosotros...

Con 23 años, Stefan era un piloto reconocido y de primer orden, que desde mediados de 1942 hasta finales de 1943 iba a ser profesor de pilotos de caza en el aeródromo de Tempelhof en Berlín. La Luftwaffe no podía permitirse la pérdida de pilotos como él, por muy heroico que fuese un final wagneriano para un soldado alemán. Por ello, cuando el Generalleutnant Werner Kreipe se hizo cargo de todo el programa de entrenamiento tras la crisis anterior en la formación de nuevos pilotos, pensó inmediatamente en una nueva estructura de profesores experimentados llegados del frente que podían ser de más validez en las escuelas, que individualmente en primera línea. Stefan Dörner fue uno de ellos. La idea le pareció bien. Quizás necesitaba un descanso y, la verdad, había tenido mucha suerte hasta ese momento, pensó. A Claudia también le gustaría la idea sin lugar a dudas. Y así fue.

—Amigo Stefan, gracias por venir —Kreipe se levantó e invitó a Stefan a tomar asiento. El despacho era espartano pero confortable. Un retrato de Hitler y otro de Göring flanqueaban la mesa. Le adelantó una copa de coñac—. Acaban de traerlo de Francia, acompáñame.

Tomó un sorbo y luego entró en el asunto por el cual le había hecho venir. Stefan bebió un poco y se dispuso a escucharlo.

—Verás Stefan, sabes que no estoy de acuerdo con la política que se ha llevado a cabo hasta ahora en la preparación de los pilotos. Ni en el tiempo, ni en el contenido. Nuestros chicos tenían una formación política intensa, me parece bien, pero que de poco les servía para batirse allí arriba. Excepto de la RAF, hemos tenido suerte de que las demás fuerzas aéreas del enemigo eran anticuadas. Quiero cambiar todo esto y tengo plenos poderes para hacerlo. Göring y Milch están detrás.

—¿Y en qué te puedo ayudar yo? Ya sabes como está el frente en el Este y creo que mi lugar allí, hoy por hoy, es necesario... —inquirió Stefan.

—Eso no es problema Stefan, se puede arreglar, no te preocupes —le interrumpió Kreipe—. Es mejor para todos y sobre todo para Alemania que tú y otros ases estéis aquí. Sólo quiero un profesorado experimentado en el frente. Quiero hombres como tú. Quiero realidad en las aulas y en las prácticas de vuelo. Hoy eres más útil aquí que en el Este —Kreipe levantó la mirada—. Los ingleses y americanos sobrevuelan las zonas ocupadas y buena parte de Alemania sin demasiados problemas y el Führer no quiere que la población crea que la guerra pueda estar perdida o fuera de nuestro control. También es una apuesta personal de Göring que, como sabes, ya ha fallado en varias ocasiones.

Stefan le escuchaba atentamente, asintiendo a estas últimas palabras. El fracaso de la Batalla de Inglaterra, los bombardeos enemigos sobre Alemania, la población civil en contra y las excentricidades del personaje, hacían que el Mariscal del Reich no estuviese en sus mejores momentos de popularidad e influencia política. Y lo más grave, su cada día más baja influencia militar frente a otras armas, hacía que la Luftwaffe perdiese poder y presencia en las decisiones militares del Alto Mando del Ejército.

—Göring quiere una sólida formación de los futuros pilotos de caza que expulse a los aviones enemigos de los cielos de Alemania y que luego pueda apoyar a nuestras tropas de tierra en sus avances. Le ha prometido al Führer la mejor preparación y resultados. Además ya sabes a que nivel de prestigio se halla la Luftwaffe: bajísimo. Debemos conseguir que el pueblo vuelva a creer en su fuerza aérea. La industria está preparando cada vez mejores aviones y mucho más rápidos a un ritmo de producción altísimo. Nuestros aviones actuales y los del futuro necesitan pilotos y nosotros vamos a formarlos. Pronto estarán a nuestra disposición los aviones a reacción, sin hélices, que vuelan el doble de rápido que cualquier avión enemigo. Están también en marcha otras armas mucho más revolucionarias que no

podemos ni imaginar Stefan. Hoy Alemania necesita tiempo para su total desarrollo y ha confiado a la Luftwaffe esa necesidad y ese objetivo. Quiero pedirte que formes a las nuevas promociones en el área teórica, en los trucos y en aquellos puntos que sólo sabe alguien que ha volado, con éxito y le han salvado la vida, como a ti. Después lo complementarán con la práctica con otros instructores que también tienen experiencia real.

»En este proyecto participan más de 50 pilotos que tienen un mínimo de dos años de vuelo en combate y un mínimo de trescientas misiones cada uno. Puedes imaginarte el esfuerzo que eso significa en el frente. He formado grupos de 15 profesores y los he dividido en alguna de las 4 grandes escuelas de pilotaje de Alemania, incluyendo la de Schipol en Holanda. He exigido unos mínimos para poder llevar adelante todo esto. Y se me ha concedido. Göring y Milch han apostado muy fuerte. Tú estarás aquí, en Berlín-Tempelhof. He procurado acercar a los pilotos a sus hogares ya que eso ayuda a la moral y tranquiliza a los civiles. Seguro que te encontrarás con viejos camaradas.

Stefan apuró su copa.

—Estoy pensando en mis compañeros en el frente, pero creo que comprendo lo que explicas y participaré en ese proyecto. Me gusta. Estoy algo oxidado en formación, ya que hace años que no imparto clases. Ayudaba en una pequeña academia de Berlín Moabitt en matemáticas y luego durante mis estudios de ingeniería en la universidad para ganar algo de dinero.

Tras pensarlo un poco, añadió:

—De todas maneras Werner, me gustaría pedirte que cuando hayamos formado un número de pilotos suficiente, me dejes volver al frente o trabajar en el asunto de los bombarderos estratégicos que es algo en lo que puedo colaborar sin problemas y que Alemania también necesita. Creo que puedo aportar buenas ideas para su desarrollo.

—Ahora la prioridad es la formación de la defensa del Reich. En el futuro podemos hablar de otros asuntos, como el de los bombarderos de largo alcance. Por cierto, ya he preparado tus papeles para tu traslado a Berlín. Fírmalos y bienvenido. Werner Kreipe acompañó a Stefan hasta un ayudante fuera de su despacho, el cual le entregó la documentación que le autorizaba a quedarse en Berlín indefinidamente.

Aunque él era hombre de primera línea y de riesgo, su estancia en Berlín le permitió codearse con la élite del ejército en todas sus ramas y, como es lógico, con la de la Luftwaffe. También se dio cuenta del politiquero que se

da entre las grandes figuras públicas. Eso no le gustaba, pero no tenía más remedio que adaptarse a ese entorno para intentar ayudar al máximo a los pilotos en todos los frentes en sus problemas diarios, que él comprendía perfectamente. Pensó que esa podía ser una buena razón para soportar a los soberbios oficiales de despacho, que se sentían intimidados ante la presencia de Stefan y sus múltiples condecoraciones conseguidas en el frente. Sus clases ya habían empezado y la verdad es que se le dotó de todo aquello que solicitaba, para impartirlas.

La revista de la Luftwaffe «Der Adler», le acababa de hacer una entrevista sobre su experiencia en combate y su aplicación en las aulas. Alemania necesitaba hombres como él. Su rostro aparecía en la portada de la revista. Le resultaba curioso verse en los kioscos. También los periódicos «Völkischer Beobachter» y «Das Reich», le dedicaron sendas entrevistas que, como es lógico, ensalzaban el patriotismo y la calidad humana y militar de Stefan, como ejemplo a seguir por los jóvenes.

A Claudia le encantaba y siempre que podía le acompañaba a Tempelhof. No vivían lejos, en la Noßtitz Strasse, junto a la Avenida de Gneisenau. Si no fuese por los bombardeos que sufría Berlín, casi se podría decir que llevaban una vida normal, con horarios casi normales. Su cargo militar le permitía no sufrir un racionamiento tan severo como el de la población civil. Claudia no quería que volviese al frente. La de ellos era una situación excelente, en un país derrumbándose.

Los alumnos en la escuela eran estudiantes-piloto formados rápidamente para la defensa del Reich, contra la oleada de bombardeos aliados en toda Alemania que se había iniciado el 27 de enero de 1943, con especial énfasis contra las bases de submarinos de Emden, Wilhemshaven, Kiel, Hamburgo, Flensburg, Lubeck y Bremerhaven, además de las bases francesas del Atlántico de La Pallice, St Nazaire, y Brest.

Durante el día los aviones americanos y por la noche la RAF, no dejaban de bombardear tanto centros militares, como fábricas, vías ferréas y también objetivos civiles. La idea de este último objetivo era minar la moral de la población, pero el efecto fue exactamente el contrario. La resistencia, la rabia y la moral se incrementó y según se supo más tarde, es casi seguro que la guerra se prolongó de uno a dos años debido a los bombardeos a los civiles. Goebbels aprovechó la circunstancia para acuñar uno de sus más sonoros slogans de guerra: «luftterror» o terror aéreo, comparando a los pilotos ingleses y americanos con terroristas que mataban mujeres, niños y ancianos indefensos.

El Comando de Bombardeo de la RAF, bajo la dirección del Mariscal del Aire A.T. Harris, más conocido como «Bombardero Harris» y que más tarde se hizo tristemente famoso por sus terribles bombardeos sobre Hamburgo y Dresde, dirigió sus bombas hacia objetivos de la cuenca industrial del Ruhr. Los bombardeos nocturnos sobre Essen, Duisburg, Wuppertal y otras grandes ciudades de la zona, trataron de neutralizar la capacidad productiva alemana. Muchos de los pilotos que se habían formado ya con Stefan lucharon en ese frente, lo cual provocó bajas insostenibles tanto para la RAF como para la USAF.

Ello supuso un cambio de objetivos en la planificación de los bombardeos sobre Alemania. El objetivo principal serían las fábricas que producían los aviones de caza y la industria auxiliar de aviación como rodamientos, motores, caucho y carburante sintético. Esta situación y el éxito inicial de esta estrategia junto a la coincidencia con la crisis alemana en otros campos de batalla como África, Italia y Rusia, condujo a una concentración de la fuerza aérea alemana para defender el Reich.

La Luftwaffenbefehlshaber Mitte, el comando aéreo responsable de la defensa de Alemania centró sus esfuerzos en reforzar los Jagdgruppen o grupos de caza y concentró su presencia en aeródromos de Holanda y Alemania. Stefan fue uno de los impulsores junto al Generaloberst Hans-Jürgen Stumpff de esta concentración de las diferentes alas de combate. El éxito de esta medida llevó al Generaloberst Stumpff a dirigir la Luftflotte Reich en diciembre de 1943.

Berlín, por su categoría de capital del Reich, sufrió el castigo aéreo diario prácticamente desde 1943, para sorna popular contra el Reichmarshall Göring, jefe de la Luftwaffe, que prometió en 1940, que ningún avión enemigo entraría en los cielos del Reich y que si no lo conseguía le podrían llamar Meyer, apellido judío para mayor escarnio. Evidentemente, no lo consiguió. Las sirenas de la alarma aérea eran popularmente conocidas como «la corneta de Meyer». La población consideraba a la Luftwaffe como la culpable de la situación angustiosa que debían sufrir en las ciudades. Göring y sus uniformes coloristas y de fantasía que se diseñaba él mismo, eran también famosos y provocaban comentarios jocosos. Los chistes al respecto circulaban por toda la ciudad y animaban el ambiente desolado. Según el juego de las unidades de medida popular, un «Gör» era la máxima cantidad de hojalata que un hombre podía llevar colgada del pecho sin darse de narices en el suelo.

Pero a pesar del esfuerzo militar, el signo de la guerra comenzaba a decantarse contra los intereses germanos. Alemania había declarado la «Guerra Total» a través de su ministro de Propaganda Joseph Goebbels en el Sport Palast de Berlín en febrero de 1943 tras el desastre de Stalingrado, bajo el lema de «la guerra total es la guerra más corta». Era una huida hacia delante. Alemania, desde ese momento, intensificó y dedicó toda su potencia industrial y tecnológica a la búsqueda de nueva armas que le permitiesen cambiar el signo de la guerra; las WuWa o Wunder Waffen (armas maravillosas). Una búsqueda desesperada en la que Stefan estaría implicado...

Observaba a los jóvenes pilotos de la nueva remesa en formación, sus comentarios y su bravuconería al llegar a Berlin-Tempelhof. Le recordaban a él mismo no hacía mucho. Esa bravuconería le había hecho perder muchos amigos que habían ido demasiado lejos en su temeridad frente al enemigo. Él también había sido excesivamente temerario y sólo la suerte le había mantenido con vida. ¿Se les había educado para ser invulnerables en el combate? La realidad le había hecho ver que no y la consecuencia fue madurar más rápido de lo normal.

Estos jóvenes tenían una formación técnica y de vuelo rápida ya que había que cubrir las constantes bajas de pilotos que sufría la Luftwaffe cada día en los cielos de Alemania. Stefan no quería engañar a los chicos, les explicaba la situación en combate de forma muy realista en sus explicaciones ante su absorta y entusiasta audiencia. Sus trucos de vuelo y maniobras de evasión eran algo que no explicaban los libros. Combinaba las explicaciones con proyecciones de diapositivas, películas y maquetas de aviones, que ilustraban claramente la forma de ataque y los errores que pueden suceder en un combate aéreo.

Stefan dividía los tipos de combate en: objetivo en tierra, mar, cazas, escuadrillas de bombarderos y tipos de vuelo para zafarse de un determinado enemigo y contraataque al mismo. También diferenciaba el día de la noche en vuelo, donde el combate aéreo cambia drásticamente. Las sesiones en simuladores para aprender el uso del radar, eran absolutamente necesarias. El radar se convertía en ojos y oídos del piloto de caza nocturno.

Las prácticas en vuelo se realizaban con los cazas Messerschmitt BF 109 y los Focke-Wulf 190 en versiones antiguas, pero cada vez era más difícil por la escasez de combustible y aviones disponibles. Esta preparación práctica la realizaban con el Staffelpilot Klaus Grabinger, un buen

amigo de Stefan. Habían volado juntos en muchas ocasiones y se debían la vida varias veces el uno al otro. Estaban en buenas manos para complementar la teoría.

Recordaba una mañana en la que un joven estudiante le increpó durante una explicación. Este joven era especialmente soberbio y lideraba la clase. Solía llegar en un automóvil Horch deportivo, descapotable y ruidoso. Era un automóvil de lujo en un país en serias dificultades. Stefan procuraba que su audiencia fuese lo más libre posible en sus preguntas, creía que esa participación formaba también a la persona que hay detrás de cada piloto. Un autómatas rígido, en vuelo dura muy poco...

—Herr Oberts Dörner, el enemigo no puede luchar contra nuestras armas y nuestra determinación política. Sabemos por qué luchamos. Los rusos son subhumanos, son como animales incapaces de pensar y mucho menos pilotar un avión. Tienen bajas a niveles insoportables y son conducidos a la batalla por implacables comisarios políticos judíos. Mi padre, comandante de una unidad panzer en Rusia, me ha dicho que nuestras tropas le darán la vuelta a los acontecimientos en el este con nuevas ofensivas este mismo año.

Stefan le miró despacio mientras dejaba que acabase su perorata. Podía ser peligroso contestar exactamente lo que pensaba de la situación militar y del posible futuro de Alemania. No era un derrotista pero sí realista y no podía trasladar el desánimo a sus chicos.

—Comprendo su comentario y todos deseamos que sea como dice su padre herr Werner. También comprenderá que quiero que todos ustedes sobrevivan al combate aéreo sin que menosprecien la capacidad de un enemigo inesperado y determinado, que no valora la vida de sus soldados. Eso puede hacerles vulnerables a ustedes —Stefan miraba las expresiones en sus alumnos. Continuó.

—Además, no piensen sólo en los rusos, recuerden que también volarán contra ingleses y americanos y puedo garantizarles que saben volar. Los ingleses en particular, también son experimentados pilotos de combate. Son duros y rápidos. Sus aviones, como el Spitfire, son excelentes.

Hubo un silencio tenso tras las palabras de Stefan. Eso rompía muchos de los pensamientos de aquellos jóvenes acerca de sus enemigos. No podía culparles, la guerra se veía como algo excitante y aventurero. La muerte era algo glorioso y que les sucedía a los demás, no a ellos en particular. Los uniformes eran atractivos, los convertía en personas reconocidas y las chicas caían rendidas ante los héroes voladores.

La clase terminó con un sonoro timbre que anunciaba la parte práctica. Los jóvenes fueron saliendo en silencio hacia sus taquillas. Comenzaron a ponerse los paracaídas y parecían algo más animados ante la perspectiva del vuelo. Hans-Joachim Werner esperó a que sus compañeros hubiesen salido del aula y se acercó a Stefan.

—Herr Oberst Dörner, no he querido ofenderle con mis palabras, puede creerme. Sólo quiero que sepa que sabremos luchar, pero entendemos sus precauciones y consejos. Ninguno de nosotros sabe lo que es un combate aéreo real, pero sí que sabemos que Alemania necesita de todos nosotros el máximo esfuerzo y en eso no fallaremos.

Stefan sonrió levemente. Como ya sospechaba, aquel chico se había erigido como portavoz de sus compañeros. No tenía duda de que tenía personalidad. Ahora sólo faltaba que demostrase que era un buen piloto de combate.

—Bien herr Werner, espero que lo tengan en cuenta. No quiero asistir a sus entierros...

Klaus Grabinger apareció mientras Werner corría hacia su taquilla de vuelo.

—¿Que tal Stefan?. ¿Cómo te ha ido hoy? Te veo preocupado.

—Cada vez me da más miedo esta situación. Las levadas son más jóvenes, inexpertas y no son conscientes de adonde les enviamos.

—Bueno, eso nos pasa a todos. Cada vuelo, cada combate, cada situación es diferente y siempre aprendemos. El problema está cuando la situación te supera y ya sabes que la muerte suele ser el final para un piloto de caza. No te preocupes más por ello. ¡Ah! Saluda a Claudia y dile que sigue en pie la invitación para cenar los cuatro.

Sonrió y se dirigió a los chicos. Estos estaban en formación, con sus equipos de vuelo. La cara de Klaus había cambiado y ya era el instructor duro e inflexible de siempre.

—¡Flieger, marsch!— ordenó. Los cincuenta muchachos se pusieron en marcha hacia los 20 aviones que estaban en la pista. Klaus se giró y guiñó un ojo a Stefan. Éste seguía pensativo y levantó la mano en señal de despedida.

Como de costumbre, se formaron los turnos de vuelo mientras el personal de tierra preparaba los aparatos. Correteaban entre los aviones de forma diligente, con el instrumental mecánico necesario y las mangueras de los camiones cisterna como látigos en el aire. Los camiones se fueron retirando. Los pilotos tomaron asiento en las pequeñas cabinas de los cazas,

comprobando por última vez todos los aparatos de a bordo. Stefan siempre les decía que esa era una parte importantísima de su seguridad en vuelo. Los motores comenzaron a rugir. Klaus tomó asiento en su avión, un Focke-Wulf 190. Se ajustó su casco de cuero, los auriculares y el micrófono de cuello. Fue comprobando por radio que sus 19 alumnos instalados en los aviones estaban a la escucha y a punto.

Los demás permanecían en la torre de control con dos sargentos, escuchando las conversaciones por radio que se producirían durante la práctica de vuelo. Ésta duraría unos 30 minutos, luego ellos tomarían lugar en los aviones y así hasta completar el total de la clase. 16 Messerschmitt y 4 Focke-Wulf rodaron lentamente hacia la pista de despegue. Klaus se había situado al final de la comitiva de aviones para observar los despegues de los chicos. Iban despegando en cuña de tres aviones y así hasta que todos estuvieron en el aire.

Hoy volarían hacia el sur sobrevolando Potsdam y dirigiéndose hasta Luckenwalde. Una vez allí regresarían. Durante el vuelo harían diferentes maniobras de despiste, de apoyo y de persecución. Ya aparecía Wannsee bajo sus alas. Era la zona de recreo de Berlín, con sus enormes lagos y sus casas señoriales, que permanecía intacta a pesar de la guerra y su proximidad con la capital del Reich. Pronto sobrevolaron Potsdam. Klaus observó la Garnisonkirche donde en 1933, Hinderburg le había pasado los poderes a Adolf Hitler, recién nombrado canciller. Fue lo que se llamó el «Día de Potsdam». Muy pronto la ciudad quedó a su cola y Klaus volvió al momento actual. La práctica iba bien. Eran aviones rápidos y maniobrables que los alumnos entendían enseguida haciéndose con ellos sin dificultad.

Klaus era consciente de la rapidez con que aprendían los chicos a volar en sus aviones. El problema era la diferencia entre simplemente pilotar el avión o bien saber volar en combate entre un auténtico enjambre de aviones distinguiendo los propios de los enemigos, con el sol de cara, con subidas y caídas vertiginosas, persecuciones y todo tipo de tretas aéreas. Es lo que los pilotos ingleses llamaban «dog fight» o pelea de perros. No era fácil. Una buena parte de los chicos ya caería en su primera experiencia. Era casi inevitable. Por ello, todo el profesorado que estaba involucrado en este proyecto trataba de dejar muy clara la diferencia, aunque en muchas ocasiones el arrojo o la inconsciencia de los jóvenes provocaba situaciones mortales.

Dos meses antes y durante el entrenamiento en vuelo contra bombarderos y utilizando un avión Heinkel 111 como «enemigo», uno de los chicos rozó el alerón de cola del bombardero al intentar zafarse del mismo. Todo ello a una altísima velocidad. El Messerschmitt 109 perdió el ala derecha instantáneamente y el Heinkel 111 una parte del timón de cola. Los dos aviones perdieron el control precipitándose contra el suelo. La tripulación del Heinkel 111 murió en el accidente y el chico sobrevivió aunque con quemaduras el más del setenta por ciento de su cuerpo y pérdida de visión en su ojo izquierdo. Este accidente estaba provocando muchos problemas burocráticos y de control, aparte del terrible sabor de boca que provocaba ver morir a camaradas.

El teléfono sonó. Era Klaus.

—¿Qué tal Claudia? Tengo reservada mesa para cuatro en *Zur Letzten Instantz* a las ocho. Estaré en vuestra casa a las siete y media. No acepto negativas y además estáis invitados —estalló en una carcajada—. Vamos, dile a Stefan que no esté preocupado. Hoy le he visto muy serio y le conviene salir un poco. Waltraub también tiene muchas ganas de veros a los dos.

Claudia confirmó la cita y se lo dijo a Stefan que se mostró contento ante la idea. Waltraub, la mujer de Klaus era su antítesis, seria, disciplinada, ordenada, pero muy buena amiga de Claudia. Ahora hacía tiempo que no se veían ya que Claudia estaba preparando la defensa oral de su tesis ante el tribunal universitario y apenas salía.

Zur Letzten Instantz, en la Waisentraße 14-16, era el restaurante más antiguo de Berlín. Debía su nombre a los abogados y profesionales de la judicatura que lo visitaban antiguamente. Fue fundado en 1621 y por allí habían pasado personajes de la talla de Napoleón, Máximo Gorki y un largo etcétera de famosos de todo tipo. Los precios eran razonables y su especialidad era el codillo de cerdo. Ahora era frecuentado por militares y personal administrativo de los ministerios de Berlín Mitte, el barrio donde estaba situado.

—Llevamos más de 500 alumnos-pilotos formados. No están más de cuatro semanas de preparación. Kreipe me llamó el lunes pasado para que considerase una formación de 3 semanas solamente. ¡Es increíble! Creo que es insuficiente para el combate al que han de enfrentarse. Recuerda el accidente del Heinkel y la impericia que aún tienen en situaciones extremas —se quejaba Stefan.

Klaus le miró fijamente.

—Hoy no podemos solicitar más tiempo. Tú sabes que nuestro nivel de bajas y el tiempo de preparación y reemplazo de las mismas es muy rápido.

Creo que les damos el bagaje suficiente para que puedan defenderse. Otra cosa es que están en vuelo constantemente y muchos se quedan dormidos. Me lo comentó el otro día el Doctor Manfred Windel, que se está encontrando con ese problema. Falta descanso. En el caso de los cazas nocturnos, además hay un problema añadido muy grave: los choques en pleno vuelo, que ya alcanzan un siete por ciento, durante los combates con las escuadrillas de bombarderos y cazas de la RAF.

—Es cierto Klaus, pero fíjate en que debido a las bajas que les hemos inflingido, ahora llevan escolta de cazas tanto de día como de noche. Es decir, los chicos han de saber volar contra bombarderos y cazas. Eso es totalmente diferente y les mantiene en el aire continuamente, no pueden resistirlo y pierden reflejos. Tal como están las cosas es muy difícil que podamos mantener esta situación. Se puede decir que se derriban ellos mismos —Stefan apuró su cerveza y miró alrededor con desconfianza por si alguien les escuchaba—. Necesitamos tener potencia en el bombardeo de largo alcance y aplastar sus pistas y aviones en tierra, allá donde estén. Para ello, hemos de revolucionar nuestra estrategia tanto en aviones, tripulaciones y capacidad de bombardeo..., sabes que además quiero contar contigo en mi proyecto.

—Bueno chicos, ya es suficiente —interrumpió Waltraub—. Claudia y yo queremos ir a bailar al Adlon, tal como habéis prometido—. Klaus pagó la cuenta a un diligente camarero que seguidamente trajo los abrigos de las mujeres y les acompañó hasta la puerta del local.

La Alexander Platz y su enorme estación de tren se veían no lejos de allí. Lloviznaba suavemente, pero prefirieron ir paseando hasta el Berliner Spree, el enorme río que cruza Berlín. Se veían edificios afectados por los bombardeos, aunque la gran mayoría todavía estaban bien. Había gente por las calles a pesar de la hora que era, pero sobre todo militares y responsables de baterías antiaéreas. Por alguna razón desconocida, la RAF todavía no había hecho su aparición. Pasó un convoy de camiones en dirección este, seguramente al enorme Zoo Bunker en Tiergarten.

—Estoy algo cansada, ¿por qué no tomamos un taxi? —sugirió Claudia. Pararon en la Molken Markt, justo al final de la Spandauer Straße, un gran cruce sobre el Spree y allí decidieron tomar un taxi.

Mientras esperaban el taxi, vieron acercarse a un grupo de soldados de permiso y por lo que parecía con varias copas de más. Sus uniformes negros delataban su pertenencia a las tropas panzer. Uno de ellos, pelirrojo y alto, increpó a Waltraub.



Luftministerium en Berlín, cuartel general de la Luftwaffe (foto realizada después de la guerra). El edificio existe y es actualmente el Ministerio de Finanzas



El enorme Flakturm I-Zoo Tiergarten en Berlín después de la guerra. Los dos inmensos bunkers del zoo fueron una formidable defensa durante el asedio a Berlín

Hotel Adlon junto a la Puerta de Brandenburgo, Pariser Platz, Berlín años 20/30



—Deja esos cobardes voladores y ven con hombres de verdad... —dijo un traspies y a punto estuvo de caer. Uno de sus compañeros lo cogió al vuelo. Vomitó descontroladamente sobre su camarada.

—¡Eres un cerdo Otto! —le dijo chillando y apartándose de él.

Se limpió con la bocamanga de su uniforme. Era un soldado muy condecorado, un obergreiter.

—No soporto a los aviadores. Así tenemos nuestras ciudades y el frente. No aparecen cuando más se les necesita y míralos, ¡cenando con un par de putas!

Todo fue muy rápido. Klaus se abalanzó sobre el tanquista. Éste se zafó de Klaus propinándole un puñetazo. Klaus le dio un cabezazo en la cara. La sangre comenzó a caerle a borbotones. El resto de sus compañeros intentaron separarles. Stefan cogió fuertemente a Klaus.

—Vamos, déjalo ya. Están borrachos.

Las mujeres estaban al borde de un ataque de histeria. La tensión era muy elevada y no se podía olvidar que todos iban armados. No era la primera vez que se producían muertes en una absurda pelea callejera.

—¡Schupo! —gritó uno de los tanquistas—. ¡Vámonos, rápido!

Cómo si hubiese sido un calambrazo que les había hecho pasar la borrachera instantáneamente, los soldados desaparecieron enseguida en la noche. Ser detenidos por la Schutzpolizei de permiso y armando pelea, podía significar regresar al frente inmediatamente. Y según el altercado y sus consecuencias, a un batallón de castigo o la horca. No se permitía que los militares diesen mal ejemplo a los civiles en las ciudades. La Gestapo no estaba para bromas y menos en temas de moral combativa o derrotismo en la retaguardia.

Dos pequeños camiones de color gris matizado, con los faros tapados formando una pequeña franja de luz, llegaron hasta donde estaban las dos parejas y varios policías saltaron rápidamente al suelo. Un sargento se dirigió hacia Stefan. Se cuadró ante él.

—Buenas noches Herr Oberst. ¿Qué ha pasado aquí? Alguien nos informó de un altercado y hemos venido inmediatamente. ¿Puedo ver su documentación, por favor? —tal como estaba establecido Klaus y Stefan entregaron sus documentos militares al policia.

—Efectivamente ha habido alguna pelea algo más arriba, se oía ruido y gritos, pero no hemos visto nada —mintió Stefan manteniendo la compostura y con mirada fija hacia los ojos del schupo. Éste le mantuvo la mirada, pero tuvo claro que un Oberst era mucho rango para él. Seguramente estaba en el Luftministerium y eso era demasiado si había problemas.

El policía miró a las mujeres.

—Parecen nerviosas ¿han visto algo? —negaron con la cabeza—. Ya veo —sonrió el schupo mientras revisaba la documentación. Sus hombres recorrían la zona más próxima en busca de evidencias. Levantó la cabeza hacia Klaus.

—¿Se ha hecho daño en la cara Herr Staffelkåpitan? —la cara de Klaus era todo un poema.

—Sí, he resbalado al salir del restaurante y me he golpeado la cara. Pero ya estoy mejor y mañana ni se notará. Esta lluvia fina es muy resbaladiza...

—Lo comprendo perfectamente y me alegro de que sólo sea un simple rasguño. Hay que tener cuidado al caminar...

La sorna del policía no dejaba lugar a dudas, pero cada uno hizo su papel. Para qué buscarse complicaciones. Klaus asintió con la cabeza las palabras del schupo.

Devolvió la documentación y mandó subir a sus hombres de nuevo a los vehículos.

—Tengan cuidado. Les recomiendo que no estén muy lejos del refugio antiaéreo más cercano —los camiones desaparecieron de la vista con rapidez.

—Creo que no queremos ir al Adlon —indicó Claudia—. Se me han quitado las ganas...

—¡Sois dos idiotas! —estalló Waltraub muy enojada—. Habéis estropeado la noche. No nos preocupa lo que puedan decir un grupo de estúpidos soldados borrachos...!

—¡No vamos a tolerar que digan lo que quieran ante nuestras narices! —respondió Klaus pasándose un pañuelo por las heridas.

—Esa es la imagen que tienen de nosotros —dijo Stefan— y como ellos el pueblo, que piensa exactamente lo mismo. Creen que no luchamos suficiente y nos pegamos la gran vida en Alemania. No entienden por qué los bombarderos enemigos se pasean sin problemas y atacan impunemente las ciudades.

Un taxi paró a una señal de Stefan y pronto estuvieron en sus casas. La mente de Stefan no paraba de pensar. El incidente de esa noche se convirtió en un punto de giro de lo que él creía que debía hacer. Estaba acabando 1943, que no había sido precisamente un buen año para Alemania. Tras el fracaso de Stalingrado en enero, la derrota del Afrika Korps de Rommel, la ofensiva blindada en Kurks y la batalla que ya se desarrollaba en el sur de Italia, las cosas pintaban realmente mal aunque se fuese optimista. Y sobre todo la omnipresente potencia aérea aliada que hipotecaba cualquier plan militar germano. Más del sesenta por ciento de los

aviones de la Luftwaffe se hallaban en territorio alemán, para defenderlo, con el debilitamiento de otros frentes.

Los aliados sabían que a pesar del sacrificio en hombres y material sobre Alemania, el mantener a la Luftwaffe fuera de juego en los otros frentes, les daba una ventaja militar indiscutible. Y que Alemania no podía aguantar eternamente el poderío económico y militar de los socios aliados. Era una batalla entre la calidad y la cantidad y Stefan tenía muy claro que era, por lo tanto, una batalla de tiempo. Cuánto podrían resistir así no lo sabía, pero siempre había pensado en un golpe de efecto que hiciese temblar el edificio aliado y le hiciera reconsiderar su posición. Pero la pregunta era ¿cómo?

En octubre de 1943, Stefan fue promocionado a Generalmajor por su excelente trabajo y resultados en la formación de los pilotos de las escuadri-llas que operaban en todos los frentes. Klaus Grabinger fue ascendido a Oberst y se le hizo responsable de la escuela de Berlín Tempelhof. El propio Hermann Göring les condecoró en una pequeña ceremonia con otros treinta miembros de la Luftwaffe, en el Luftministerium en la Wilhelm Straße, junto a la nueva cancillería. El Führer les había convocado seguidamente en la cancillería, con otros militares de diferentes armas para felicitarles personalmente y celebrar un pequeño convite.

—¿Cómo está Herr Oberst o debo dirigirme a Vd. ya como Generalmajor? —la voz de Hans-Joachim Werner era inconfundible. Werner estaba destacando como piloto de caza y llevaba ya treinta y cinco derribos, veintiocho de los cuales eran bombarderos. Stefan había seguido a distancia los pasos de varios de sus chicos y estaba contento con las noticias que recibía. Desde luego Werner se estaba convirtiendo en un as.

—Sabía de Vd. y le felicito. Está destacando como piloto y me alegra mucho, ya que tengo algo que ver con ello —contestó Stefan sonriendo. Se dieron un abrazo—. ¿Cómo le va todo y donde está destinado ahora?.

—La verdad es que bien, aunque no tenemos ni un minuto de descanso. Ahora estoy en Holanda, en Schipol, pero en enero me destinan al sur, cerca de Hannover. También sigo con mi afición a la fotografía, como siempre —Werner señaló a varios de los pilotos que iban a ser condecorados y que se hallaban en otro corro hablando—. Le alegrará saber que hay varios pilotos aquí de su escuela de instrucción.

Stefan miró alrededor, confirmando las palabras de su exalumno:

—Creo que fue una buena leva la suya Werner. También hemos perdido a algunos en el camino, es difícil aceptarlo.

Desde luego Werner estaba mucho más maduro que durante sus clases en Berlín. La dura vida militar en combate y la muerte de amigos suyos, le había hecho ver bruscamente, la realidad de las cosas.

—¡Werner parece mentira que seas un buen piloto! ¿Cómo has conseguido que te otorguen una cruz de caballero? —bromeó Klaus. Se abrazaron y pronto empezaron a incorporarse al corro otros jóvenes pilotos. Stefan y Klaus reconocieron a algunos de sus ex alumnos entre ellos. Había buena camaradería y se sentían admirados por ellos.

Apareció un jefe de protocolo que situó a cada futuro condecorado en su sitio y avisó de la llegada al salón de actos del Mariscal de Reich. Todos estaban en posición de firmes cuando Hermann Göring apareció con una sonrisa y pasó ante cada uno con la mirada fija. Llevaba uno de sus uniformes de fantasía u opereta, según Klaus, de un color azulado brillante, su bastón de mariscal y condecoraciones que adornaban la guerrera. Su *Pour le Merite*, que colgaba de su cuello, se distinguía de las demás. La había ganado durante la I Guerra Mundial, mientras volaba en la escuadrilla del famoso Von Richtofen, el «Barón Rojo», y era una gran condecoración militar. A Stefan le costaba imaginarse a aquel hombre como soldado normal en el frente.

Mientras iba entregando las condecoraciones, el título acreditativo y un pequeño comentario de agradecimiento, se dirigía cada uno por su nombre. No podía entender cómo se sabía y memorizaba esa información, pero era así. Pronto llegó ante Stefan.

—Generalmajor Dörner, quiero que sepa que agradezco profundamente todo lo que está haciendo por Alemania. La formación de los pilotos es la base, el yunque, para que nuestro martillo aéreo golpee fuertemente a nuestros enemigos. La patria está en deuda con hombres como Vd. Y si hoy podemos afirmar que el triunfo será para nosotros, no tenga duda de que Vd. Generalmajor Dörner, ha sido también artífice de todo ello. Gracias —Göring le dispensó un fuerte apretón de manos.

—Gracias Herr Reichmarshall.

Así hasta que condecoró a todos y cada uno de los asistentes. Luego se puso en medio de todos ellos, en una especie de círculo, algo que Göring, un gran relaciones públicas, apreciaba. Estaba rodeado de sus hombres y ellos tenían que resarcir su imagen ante el Führer.

—Nuestro Führer desea conoceros y a pesar de sus abrumadoras tareas como máximo jefe del ejército y canciller de Alemania. Os ha concedido una audiencia en la cancillería, junto a otros soldados de diferentes armas.

El Führer sabe de nuestro esfuerzo diario en detener a las hordas enemigas y sabe también de nuestro valor personal en ello. No le defraudéis. Alemania lo espera todo de vosotros.

A pesar de la corta distancia que había hasta la cancillería, unos doscientos metros, todo el grupo se dirigió en varios automóviles que esperaban a la salida del Luftministerium. Göring quería mantener las apariencias de su Luftwaffe. Klaus y Stefan consideraban que era un despilfarro absurdo. El enorme Horch de Göring arrancó e inmediatamente todos los demás le siguieron guardando las distancias reglamentarias.

La nueva cancillería era un enorme edificio que hasta ese momento y por algún misterio insondable, se había mantenido alejado de las bombas. Por ello, resaltaba en todo su esplendor el mármol, las enormes estatuas de Arno Breker, uno de los escultores favoritos de Hitler, la guardia SS en las puertas y los enormes pasillos y salas de conferencias.

Un ayudante de las SS les recibió y dirigió hasta la enorme sala donde se encontrarían con el Führer. Habían varias mesas ya servidas con un refrigerio frugal y unas bebidas. Todo espartano, como le gustaba al «jefe», según se le llamaba en la intimidad entre los mandos.

Había soldados de diferentes armas y que también habían sido condecorados por sus mandos. Representantes de las Waffen SS, panzer, marina y submarinos, infantería, etc., daban a la recepción un aspecto muy curioso.

No era normal que estuviesen todos juntos. En la época de los grandes desfiles, antes de la guerra, era habitual, pero ahora era raro. Unos tenía sus propios problemas de mando y los otros le parecían un incordio y de poca ayuda el estar allí. Göring saludó a todos y en particular a Himmler que también estaba allí junto a Doenitz, responsable de la Kriegsmarine y del arma submarina. No había duda de que era un momento importante y allí había una excelente representación de los mejores soldados del ejército alemán. Según calculó Stefan podía haber más de doscientas personas en la recepción.

En algo estaban de acuerdo: todos estaban expectantes ante la recepción. De hecho, salvo los altos mandos, ninguno de ellos había estado antes en persona frente al Führer. Los reporteros gráficos de las revistas «Signal», «Der Adler», «Das Schwarzes Korps» y de los periódicos «Das Reich» y «Völkischer Beobachter» entre otros, se afanaban por tomar instantáneas



Nueva Cancillería en la Wilhelmstrasse, Berlín



General de Paracaidistas
Kurt Student



SS Obersturmbannführer Max
Wünsche, ayundante personal de
Hitler en el Cuartel General

de la recepción, revoloteando entre los militares y solicitando que posaran de tal o cual manera. Sería un reportaje propagandístico de primer orden.

—¡Der Führer kommt! —anunció una voz de repente.

De repente, una puerta se abrió y tras dos ayudantes de cámara de las SS, apareció Hitler. Stefan reconoció a Max Wunsche que acompañaba al Führer y le hacía varias indicaciones. El Obersturmbannführer Wunsche se distinguió más adelante en la Batalla de Normandía al frente de una compañía de tanques de la SS División *Hitlerjugend*. Era un buen soldado con experiencia. Tenía un rostro esculpido en granito y una mirada fría como el acero a pesar de su juventud. Era un clásico soldado de las SS. El hecho de que estuviese junto al Führer podía ayudar a los soldados de primera línea por su amplio conocimiento del frente, en las decisiones del Cuartel General.

Göring, como militar de más alto rango se adelantó hacia Hitler y éste le saludo.

—Mi Führer, tal como era vuestro deseo, quiero presentaros a los soldados de la Luftwaffe, Waffen SS, Kriegsmarine y Wehrmacht que han sido promocionados y condecorados por su valor y arrojo ante el enemigo en todos los frentes. Ellos saben que es una lucha despiadada y sabrán darlo todo por Alemania —Hitler miró al grupo.

—Soldados —la voz ronca de Hitler comenzó a sonar en la estancia. Su acento austriaco era perfectamente reconocible. Tenía buen aspecto y su chaqueta cruzada, de corte civil, lucía una desnudez estudiada, donde sólo su cruz de hierro de primera clase que obtuvo en la Primera Guerra Mundial y el águila en el brazo izquierdo, rompían la monotonía visual—, cuando el 9 de noviembre de 1923 nuestro movimiento nacionalsocialista intentó ser abatido en la Feldherrnhalle de Munich y salimos airoso sólo con nuestro ideal frente a las balas cobardes del judaísmo, los plutócratas y los traidores de noviembre de 1919 que habían vendido nuestra patria, supe inmediatamente que nuestro movimiento y nuestras ideas permanecerían para siempre como guía del pueblo alemán. El titánico esfuerzo de llevar el peso de una guerra que nunca quise, pero a la que me vi abocado, se hace más llevadero sabiendo que dirijo a soldados como vosotros y sabiendo que Alemania puede confiar en vosotros. La batalla es descomunal y el enemigo ha puesto todo su potencial en la extinción de nuestra patria y los valores occidentales y europeos que defiende. Por ello, he querido recibirlos aquí para agradecerlos vuestro esfuerzo en la victoria final. Sé que no es fácil, pero tampoco lo fue para Federico el Grande y triunfó frente a todas

las adversidades, cuando todo parecía perdido. También sé que los sacrificios deben de continuar, es necesario. Estamos en un momento histórico para Alemania, Europa y el mundo. Nuestra civilización occidental está amenazada por las hordas infrahumanas del este y por la decadente sociedad multirracial americana. El hecho de que vosotros hayáis destacado en la lucha, frente a enemigos numéricamente superiores, es la señal de que nuestra civilización debe y puede vencer en esta desigual batalla por la libertad de Europa en un nuevo orden. Alemania está sacrificando a sus mejores hombres en esta batalla, pero no será en vano. Yo mismo me he dedicado en cuerpo y alma a esta empresa, de la que sólo podemos salir como vencedores. No desfallezcáis en el esfuerzo fanático por la victoria. Puedo garantizaros que nuevas armas están a punto para vosotros. Armas para el ejército de tierra, mar y aire. Armas que cambiarán el curso de los acontecimientos y harán ver a nuestros enemigos que Alemania tiene todavía un potencial extraordinario. Estamos en una época de enanos, cobardes y miserables, donde sólo puede brillar la pureza de nuestro pueblo superior y que se está demostrando cada día en los campos de batalla.

Miró despacio a cada uno de ellos.

—Vosotros representáis lo mejor de Alemania. El mundo os observa con admiración y espanto ante vuestra capacidad para la lucha. Ellos no saben hasta qué punto nuestra determinación es inquebrantable. Me llena de orgullo saber que hombres como vosotros estáis defendiendo a nuestra patria en los campos de batalla europeos. Somos la última barrera entre el judaísmo y nuestra civilización occidental. Si fallamos en esta empresa descomunal, Europa habrá terminado y no merecerá otro final —hubo un corto y tenso silencio—. Pero sé que no será así. No tengo dudas de vuestra capacidad militar y personal y eso me da tranquilidad para alcanzar nuestro objetivo. ¡Sieg heil!

Todos estaban firmes y levantaron el brazo al unísono. Un estruendoso *Sieg Heil* cerró el parlamento del Führer.

Hitler acompañó a Göring hasta las mesas. Tras detenerse en varias de ellas y conversar brevemente con los soldados luego, según su costumbre, se retiró. Comenzó una animada charla entre los presentes. La presencia del Führer incomodaba a más de uno y, sobre todo, la prohibición de fumar en su presencia y la ausencia de bebidas alcohólicas no era la mejor forma de celebrar una fiesta.

Stefan se encontró con el general Kurt Student, el responsable del cuerpo paracaidista. No se había percatado de su presencia en la sala hasta ese momento.

—¡Mi general! —bromeó Stefan cuadrándose.

—¡Stefan! Qué tal estás. Hacía mucho tiempo que no te veía —Student no disimulaba su alegría por el encuentro. No era hombre de hipocresía. Más de una vez había pensado en incorporar a Stefan a su alto mando. Pero éste siempre había preferido la aviación. Brindaron por el encuentro.

—Ya sabrás que llevo en Berlín desde mediados del año pasado. Estoy al cargo de la formación de los pilotos de caza en Tempelhof y la verdad, me dedico en profundidad al tema. ¿Cómo estás tú?

—Mira Stefan, entre tú y yo, esto es una mierda. Pido más material, más hombres y me lo dan todo con cuentagotas. Tengo a buena parte de mi tropa en Italia. Se baten como demonios y las bajas son enormes. Han logrado parar a Monty en Sicilia, pero ya veremos como acaba. Somos menos que ellos y con menos medios. Kesselring está montando la defensa de Italia y creo que con buen criterio. Me gusta, ya que tiene tropas de diferentes orígenes, veteranos de Africa y está formando todo un cuerpo de ejercito.

Era cierta la situación en Italia y los hombres de Student, su primer regimiento de paracaidistas concretamente, lucharía en la abadía del Monte Cassino durante casi medio año, contra tropas polacas, indias, neozelandesas y británicas, escribiendo una de las páginas gloriosas del ejercito alemán.

Stefan agradecía la confianza mutua al hablar con el general Student.

—Oye Kurt, estamos muy limitados con los cazas. En la situación actual y con estos medios, no podemos detener la ola de bombardeos aliados. La única forma es cortando sus suministros y bombardeando sus bases y fábricas en origen. Estoy meditando mi incorporación al ala de bombarderos pesados y de largo alcance. Creo que es un arma a desarrollar. Los intentos hasta ahora no se han considerado seriamente y tenemos un campo de enorme potencial que puede reportarnos muy buenos resultados militares. ¿Qué te parece la idea?

—Hoy Alemania necesita y tiene ideas. Pero nuestro problema es el tiempo —como siempre Student no se andaba por las ramas—. Creo que puedes tener un buen futuro en esa especialidad. Me consta que hay desarrollos en marcha, aunque no he entrado mucho en ese tema. Ya tengo bastante trabajo con mis paracaidistas. Por mi parte creo que debes intentarlo. Has hecho un buen trabajo en tu cargo actual y por eso ahora eres Generalmajor, y puedes hacerlo también en bombarderos. Ahora ya conoces lo vericuetos administrativos de Berlín y con quién hablar de todo esto.

Student tenía razón. Berlín era un hervidero administrativo, donde la burocracia ahogaba y retrasaba muchos asuntos por el exceso de control. Alguien que sabía *navegar* en ese mar, podía sacar buenos resultados y Stefan sabía con quién hablar. Pero, ¿por dónde empezar?

La clase de ese día terminó tras un vivo debate acerca de la posibilidad de aproximación y derribo desde debajo contra una superfortaleza americana o un Lancaster inglés. Desde luego en los dos casos había un peligro enorme, pero parecía más «sencillo» en el caso del Lancaster, por su menor capacidad defensiva inferior. Stefan despidió a los chicos que partieron hacía otra aula donde les esperaba Friedrich Moltke para una prueba escrita sobre temas de mecánica. Stefan regresó a su despacho y se dispuso a leer un informe sobre el presupuesto y el material que había solicitado para el año en curso. De repente la puerta se abrió.

—Stefan, viejo sinvergüenza, ¿a qué te dedicas ahora? ¿cuál es tu esfuerzo por la victoria final? No me lo digas: formas a los nuevos pilotos... —como un torrente y con su gorra ladeada como era habitual en él, Adolf Galland entró en el despacho de Stefan en Tempelhof. Cerró la puerta y se sentó pesadamente. Estaban solos.

Aunque ya se conocían del frente, las últimas obligaciones docentes de Stefan le habían alejado del General der Jagdflieger Adolf Galland. Era el máximo responsable de todo el cuerpo de cazas del ejército alemán. Galland era un tipo simpático, de aspecto latino y con bigote, un gran sentido del humor y auténtico líder para sus hombres. No tenía el aspecto prusiano típico, aunque era un gran soldado. Últimamente y, por motivos del cargo, estaba más en Berlín y ello propició un reencuentro de los dos ases.

—Adolf te veo estupendo y sales muy bien en los semanarios cinematográficos y en la prensa ¿qué te trae por aquí? —aunque no se hubiesen visto desde hacía meses, hablaban como si se hubiesen visto el día anterior.

—Si seguimos así, esto se acaba Stefan —la abrupta y directa sinceridad de Galland le sorprendió—. ¿Sabes qué datos tengo? El ratio de combate aéreo nuestro es que luchamos con una proporción de uno a siete. El nivel de los americanos es muy bueno y hemos perdido en los últimos cuatro meses más de mil pilotos y entre ellos a los mejores oficiales. Esos huecos no los podemos rellenar. Piensa que en cada raid aéreo que sufrimos perdemos alrededor de cincuenta pilotos. Las cosas han llegado tan lejos que existe el riesgo de un colapso en nuestro cuerpo de vuelo.



Adolf Galland, General der Jagdflieger, máximo responsable de los pilotos de caza



Un Heinkel He177 V38 con un misil teledirigido He 293. Era un avión muy moderno y de aerodinámica muy avanzada

—No me sorprenden esas cifras —Stefan se puso de pie—. Una buena parte de mis alumnos, cerca del cuarenta y cinco por ciento han caído. Recibo los datos semanalmente y ya sé que no formamos suficientes pilotos al ritmo de derribos que sufrimos. Has de tener en cuenta que no todos los jóvenes pueden ser pilotos y aunque hacemos la vista gorda en algunas admisiones, sólo podemos poner en el aire a los que tienen potencial. Y se enfrentan a algo descomunal, que supera cualquier previsión. Por lo tanto, llegará el momento, como tú dices, que no tendremos pilotos en el aire para detener los ataques aéreos.

—¿Sabes la última que pretende implantar el gordo? —Galland se refería a Göring—. Como los bombarderos americanos llevan escolta de

cazas, quiere que nos concentremos en derribar a los bombarderos y no nos enfrentemos a los cazas en ningún caso. Es decir hemos de sortear a los cazas sin molestarles y entrar en el «paquete» de bombarderos y comenzar la caza. Ayer me llamó Hartmann del JG 6 y me dijo con toda la razón que el vuelo más seguro que se puede imaginar sobre Alemania, será el de un caza americano... Imagínate cuál puede ser la moral para las formaciones de pilotos si esto sigue así y con estúpidas ideas que no conducen a nada.

—Todo esto que me dices refuerza mi idea de potenciar los bombarderos estratégicos de largo alcance —Stefan se sentó y miró fijamente a Galland—, que es algo de lo que siempre hemos pecado en la Luftwaffe. Piensa lo que sería poder llegar a lugares distantes en territorio enemigo, que apenas están protegidos ya que no imaginan que podemos llegar. No sólo es el efecto del bombardeo en sí, es el aspecto psicológico de la población civil que se ve al alcance de nuestras armas. Es la forma de detener o ralentizar los bombardeos si podemos bombardear sus fábricas en Inglaterra, Rusia y en América. Además no son subterráneas y centralizadas a diferencia de las nuestras. Nuestra red del Abwehr tiene las localizaciones de cada factoría. Yo ya estoy trabajando en ello y tú me puedes ayudar. Tu fama popular hace que los demás no puedan negarte nada. He pensado incluso en el avión bombardero que podemos potenciar entre varias opciones: el Heinkel He 177 V-38.

Curiosamente, la cara de Adolf Galland parecía aprobar lo que decía Stefan. Una cierta sonrisa se dibujaba en sus labios. Sacó una pitillera de plata, extrajo un cigarrillo y lo encendió pausadamente, disponiéndose a seguir escuchando a Stefan.

En aquel momento entró Klaus.

—¡Vaya a quien tenemos aquí! —Klaus se cuadró con una sonrisa ya que también era un buen amigo de Galland—. Alguien me dijo que vendrías, pero no te esperaba hasta la tarde.

—La verdad es que os quería ver a los dos y he venido antes —bajó la mirada y luego la alzó alternativamente hacia los dos— estoy muy cansado de todo y buscaba desconectar del papeleo del Luftministerium y aunque depende de la situación sí que quiero veros con más frecuencia. Eso me ayudará a soportar mejor el día a día. Creedme, no es agradable mandar a la gente al matadero, sin ninguna posibilidad. No sabéis hasta qué punto hay limitaciones de todo tipo. El gordo ya no tiene ningún poder en la cúpula y todos los esfuerzos van hacia la marina y las SS.

—He volado ya con los nuevos Messerschmitt 262 a reacción y puedo aseguraros que es un gran avión, pero llega tarde y en pocas cantidades. Nada hoy conocido puede superarlo, pero sus pilotos requieren un entrenamiento especial y aprender a volar de una nueva manera. Eso quiere decir tiempo y material. Lo tenemos difícil mis amigos —se puso de pie y se dirigió hacia la ventana que daba al aeródromo—. Alemania está trabajando en varios proyectos y he tenido acceso a información secreta. Por ejemplo, nuevos submarinos de largo alcance, más rápidos y que pueden permanecer sumergidos mucho tiempo. Nuevos carros de combate más pesados y mortíferos. Nuevas armas para la infantería que mejorarán su efectividad. Los nuevos cohetes V1 y V2 capaces de atacar cualquier lugar en un radio de acción amplio y otros ingenios aeronáuticos que traspasan nuestra imaginación, pero que hoy por hoy están sólo en las mesas de dibujo de nuestros ingenieros. Aparte de veros, lo que siempre resulta agradable cuando ves que tantos amigos y camaradas ya no están con nosotros, es solicitaros que os incorporéis de nuevo al servicio activo, pero respondiendo a tu deseo e interés Stefan quiero que sea en bombarderos de largo alcance. Werner Kreipe está al corriente y de acuerdo. He de deciros algo, el Führer está detrás de este asunto ya que comparte tu criterio, Stefan, de preparar y ejecutar una acción sostenible de castigo en zonas enemigas remotas y nuevas para nuestro bombardeo, es decir operaciones estratégicas que aporten moral para Alemania y destrucción en la capacidad operativa enemiga.

Klaus y Stefan se miraron y no pudieron contener una sonrisa de satisfacción ya que parecía que sus proyectos iban a tomar forma por fin.

—No es exactamente que trabajéis con otros pilotos de bombardeo estratégico, sino en una misión o misiones concretas, que abrirán la puerta a una futura arma aérea de largo alcance o Comando de Bombardeo Estratégico. Es un asunto de la máxima importancia —Galland se atusó el pelo y apuró el cigarrillo.

—Responderéis ante mí de los pasos que vais dando —Galland guiñó un ojo y sonrió—. En otras palabras, tenéis vía libre para hacer algo gordo, lo más rápido posible. El Führer quiere algo grande y he pensado en que bombardeéis Moscú o Nueva York pero de forma devastadora. Hemos de demostrar que hemos recuperado nuestra capacidad ofensiva, tras los últimos reveses militares.

Las caras de Stefan y Klaus mostraban estupefacción por la misión que se les solicitaba. Galland era uno de los militares de más alto nivel de Alemania,

pero esta operación excedía lo que parecían sus funciones habituales. El asunto venía desde lo más alto del escalafón.

—No debe sorprenderos que sea yo quien dirija desde la Luftwaffe este proyecto secreto. Tan secreto que ni Göring lo conoce en su totalidad. Mejor dicho —añadió—, no conoce ni un diez por ciento.

Galland había adivinado la cara de sorpresa de sus interlocutores por la misión que se estaba gestando y que les proponía.

—Ya os he dicho que el Führer no confía en el gordo y prefiere confiar en gente de primera línea que ha demostrado su valía para los asuntos importantes y que no se echa atrás. También quiere gente discreta y capaz de no hablar demasiado.

Stefan ya estaba pensando en la nueva situación que se le planteaba. Era una operación técnicamente viable, sobre todo en el caso de Moscú. Pero no parecía aportar nada extraordinario para el frente el bombardear la capital soviética. En el caso de Nueva York era más complejo técnicamente hablando, pero quedaba más claro no sólo el efecto psicológico e histórico de un bombardeo sobre los americanos, sino que dejaba claro que no podrían estar tranquilos en su continente. De todas maneras, ¿qué querría decir Galland con «bombardeo devastador»? ¿Harían falta varias misiones de ataque o bien una escuadrilla enorme de aviones en un único raid?

Galland continuó.

—Dentro de un mes, el próximo 15 de febrero de 1944, necesito tener sobre mi mesa varias ideas para llevar a cabo esas misiones, pros y contras y vuestra sugerencia definitiva y por qué. Me parece muy bien tu selección del Heinkel He 177 V-38. Es una buena opción en la actualidad.

—Si el plan que redactáis es viable, lo presentaremos al Führer. Una vez aprobado, el gordo lo sabrá después. Por cierto y para acabar, me interesa Stefan que habléis con el General de las SS Hans Kammler y del proyecto que llevan entre manos con nosotros la Luftwaffe, entre Berlín y Budapest. Prefiero que sea él quien os ponga al corriente y tendréis acceso sin restricciones al proyecto de bombardeo que se está preparando. Lo que estamos trabajando en este momento será necesario para tu proyecto de bombardeo estratégico. No puedo deciros más en este momento. Háblale claro, ya verás que es rápido y resolutivo.

Incluso Klaus siempre tan dicharachero, se había quedado mudo ante la envergadura del proyecto que les solicitaban. Stefan inquirió:

—Bueno, parece claro que este asunto está por encima de otros proyectos y consideraciones y es una forma de recuperar la imagen de la Luftwaffe. El aspecto ofensivo de la misión también aparece diáfano. No voy a entrar en más detalles por ahora, ya que soy un soldado y debo obedecer órdenes —sonrió—. Prepararemos lo que solicitas y estaremos en el Luftministerium el próximo 15 de febrero. De todas formas Adolf, intuyo que es una operación de un solo avión, ¿podremos hacer daño de verdad?

Galland se giró hacia ellos:

—Ya veréis lo que está en marcha. Os sorprenderá. Cuando hayáis hablado con Kammler os ponéis en contacto de nuevo conmigo para entrar en más detalles. Tenéis línea directa conmigo en cualquier momento y también teneis despacho en el Luftministerium. De todas maneras, os pido dedicación absoluta a este asunto. Tenéis visado y presupuestos para viajar por todo el Reich sin problemas. Y con respecto a la escuela de pilotos, como es lógico, tendréis que dejarla. Ya tengo a vuestros sustitutos seleccionados. No os preocupéis por ahora por los chicos. Lo que podréis hacer en vuestra misión les va a ayudar muchísimo más en el futuro. Gracias a los dos.

Se puso la gorra ladeada a su estilo, se ajustó la chaqueta forrada con piel de cordero y salió al pasillo. Klaus y Stefan le acompañaron hasta el vehículo en el que había venido. El conductor aguardaba de pie junto a la puerta trasera del coche. La abrió al ver aparecer a Galland.

—¿Adolf, qué posibilidades tenemos de conseguirlo y por qué nosotros? —le preguntó Klaus todavía con cara de dudas.

—El fracaso no es una opción amigos. Dispondréis de los materiales y equipo suficientes para lograrlo. ¡Ah! y sois los mejores. Sé que lo conseguireis —sonrió Galland sentándose en el automóvil. El chófer cerró la puerta del Kubel y este se alejó traqueteando.

—Esto supera cualquier idea —sonrió Stefan, mirando como el coche se alejaba— y ten por seguro Klaus, que quieren que escribamos una página en la historia de Alemania.

—Stefan, sabes que creo en el tema de los bombarderos de largo alcance. Los americanos los usan y les funciona muy bien, los ves cada día por toda Alemania. Lo que rompe mi esquema es el proyecto que acabamos de aceptar que no sé de qué se trata y tampoco sé como puede acabar. Esa es mi duda y creo que es razonable.

—Sí, yo también estoy sorprendido y sabes que nunca había pensado en algo así. De todas maneras y por ser prácticos, el primer paso es ver al General Kammler y empezar a indagar qué se cuece y en qué nos afecta a nuestra misión.

Volvieron al despacho de Stefan y sonó el teléfono. Era Werner Kreipe el superior de Stefan.

—Estoy al corriente de la nueva situación. Quiero desearles a los dos los mayores éxitos en su nueva misión y agradecerles lo que han hecho por los pilotos que han pasado por la escuela de Berlín-Tempelhof —la voz de Kreipe era sentida. Demostraba agradecimiento y parecía lamentar la marcha de dos de sus mejores instructores.

Stefan colgó tras despedirse cordialmente en nombre de los dos. Miró a Klaus.

—Por cierto, qué querías antes cuando has venido a mi despacho.

—Lo siento Stefan, pero no me acuerdo. Esto ha sido demasiado gordo para mí.

Las risas estallaron entre los dos amigos, aunque la preocupación por lo que se les solicitaba iba por dentro.

Claudia ya se había doctorado y era feliz a pesar de las carencias que se vivían en aquellos históricos días. Había obtenido una plaza de ayudante en la cátedra de Física de la Universidad Humboldt de Berlín. El Dr. Werner Ziesser era su jefe y aunque muy exigente con su personal y los alumnos, era una persona tratable en asuntos personales y profesionales. La verdad es que Claudia no podía quejarse.

Stefan llegó a casa ese día de buen humor. Claudia lo adivinó enseguida.

—Tengo que decirte algo Claudia —sonrió Stefan—. Voy a permanecer en Berlín y dentro de un nuevo proyecto que trata de bombarderos considerado alto secreto. Klaus estará conmigo también y respondemos ante Galland en el Luftministerium —la miró fijamente a los ojos—, ¿qué te parece?

—Sinceramente, prefiero que estés alejado de la guerra directa y parece que este proyecto te retendrá en la ciudad y lejos del frente. Me parece muy bien. Sé que no estás autorizado a revelar de qué se trata, pero mientras te vea en casa y bien, tengo suficiente —le abrazó fuertemente. Permanecieron así un rato—. ¿Y los chicos de la escuela de pilotos? —preguntó Claudia.

—Bueno, Galland se ocupó en buscarnos sustitutos y Kreipe está de acuerdo. He hablado con él. Mañana por la tarde, cuando acaben la clase

del día, tenemos una pequeña despedida con los chicos y presentación de los nuevos profesores-piloto. La verdad es que me parece que los dejo desasistidos; no sé, me siento responsable de ellos. Es horrible saber que una gran parte no volverá...

—Tú ya has hecho hasta donde podías y has cumplido con tu deber. No pienses más en ello —Claudia era práctica—. He podido conseguir algo de verduras y carne de cerdo. He preparado una cena que creo que te gustará y así lo celebramos al mismo tiempo.